

«No importa: yo no abandonaré á estos fieles servidores del Emperador. ¿Ni vos tampoco, no es así? «Os aprieto la mano.

KODOLISCH.»

Gracias á estos generosos esfuerzos, pudieron todos esos desgraciados regresar á Europa.....

Juarez acaba de ser reelecto Presidente de la República mexicana.....

¿Lo reconocerá la Francia?

CONCLUSION.

Tenemos la conciencia de haber puesto en el relato de esta historia, toda la moderacion y toda la imparcialidad posibles.—El sentimiento que nos deja es el de una profunda tristeza.

Lo mismo sucederá á los que lo lean sin predisposicion y sin pasion.

El principio de la intervencion francesa en México fué una injusticia: su fin fué un desastre.

¿Quién cargará con el peso de su responsabilidad ante la historia?

Esta responsabilidad será de varias personas.

La intervencion quedará inscrita, sin embargo, en las páginas del reinado de Napoleon III.

Los nombres de Gabriac y Saligny primero, y en seguida el de Bazaine, figurarán principalmente en medio de otros nombres que saldrán á luz mas tarde,

para llenar esta página triste de la historia del presente siglo.

El Emperador Napoleon ha sido engañado por agentes que, si no fueron infieles, estuvieron al menos completamente desprovistos de inteligencia.—Fué arrastrado por intrigas cortesananas, por pérfidas seducciones.

Se dejó llevar, por decirlo así, por una idea que creyó generosa, y que llamó el mayor pensamiento de su reinado; y olvidó el principio de la no-intervencion que habia proclamado muchas veces.

Cometió la gravísima falta de ir á meterse en los *negocios interiores* de un pueblo que era el soberano juez de sus propios destinos.

Mal servido despues en la empresa por los agentes que empleó, pagó su falta con la sangre de los soldados y con el dinero de la Francia.

¿Qué ventaja sacó?.....

Por lo demás, es necesario confesarlo. El Gobierno francés no supo tener una voluntad firme, no supo procurarse una línea precisa de conducta en la ejecucion de ese plan imprudente.

Contaba con una guerra prolongada entre los Estados del Norte y los Estados del Sur de América.

Contaba con el triunfo de estos, cuyo triunfo le era indispensable para el suyo propio; y sin embargo, no se atrevió á prestarles abiertamente su auxilio. Por el contrario, les prodigó unas simpatías tan peligrosas como estériles.

Jugó todo el éxito de su obra á un golpe de dados, en la suerte problemática de una guerra desigual.

De esta manera se condenó á marchar á tientas.

Vivió de esperanzas; pero la desilucion no tardó en venir, y fué muy cruel.....

La suerte de la guerra favoreció á los Estados del Norte, y el gabinete de Washington hizo pagar caro, al momento, al Gobierno francés, sus simpatías por sus enemigos. Mr. Seward pudo recordarle, con la autoridad del vencedor, los peligros que habia hecho entrever cuando se firmó el tratado de Lóndres; y con la misma autoridad le pidió que los conjurara inmediatamente. Se aprovechó desapiadadamente, á su vez, de los embarazos que nublaban el horizonte político del viejo continente, y el gabinete de las Tullerías se vió en la necesidad de someterse á sus indicaciones, por mas que fueran brutales muchas veces.

Mas para demostrar toda la temeridad de la empresa, vamos á conceder por un instante que el Gobierno francés hubiera visto todos sus deseos realizados.

Supongamos que los Estados del Sur, protegidos por la Francia, se hubieran separado de los Estados del Norte, formando una república independiente. Supongamos tambien que el imperio de México se hubiera constituido bajo el cetro de Maximiliano.

¿Admitirémos por esto que tal estado de cosas laboriosamente construido y caramente pagado, sin duda, habria sido de larga duracion?

Semejante ilusion está muy léjos de nuestra mente.

El imperio mexicano y la nueva república hubieran encontrado, en efecto, un motivo de alianza mo-

mentánea, en la proteccion comun que les concediera la Francia; pero lo que se finge ignorar en Europa es, que las instituciones republicanas son el objeto á que tienden todas las aspiraciones de los pueblos del nuevo mundo.

Estas instituciones son, cuando menos, tan caras para los sudistas, á quienes se ha llamado representantes de la raza latina, como para los nortistas, á quienes se apellida representantes de la raza anglosajona.

En consecuencia, un gobierno mexicano monárquico no podia conservar largo tiempo las simpatías de la república vecina; y en cuanto á las simpatías de los mexicanos mismos, nos guardaremos muy bien de afirmar con sus compatriotas emigrados, que las tuviera muy arraigadas.

Luego no hay duda en que no estaba muy lejano el dia en que los mexicanos volvieran á adoptar la forma republicana para gobernarse; y tampoco la hay en que muy pronto apareceria un mexicano en la silla presidencial.

Maximiliano estaba, pues, fatalmente predestinado á volver á Europa, á engrosar el número de los monarcas *en disponibilidad*; pero al menos, en la hipótesis que acabamos de discutir, de un éxito momentáneo, el Emperador Napoleon no habria tenido el dolor de ver los batallones franceses sorprendidos, con sus águilas comprometidas, en un país lejano, que luego han evacuado un poco de prisa. El segundo imperio no hubiera tenido el segundo capítulo de la campaña de España.

Nos hemos visto obligados á hablar en esta obra un poco mas de lo que queríamos acerca del mariscal Bazaine, pero ha sido inevitable. Se ha lanzado el anatema contra él, en escritos acusadores de mucha gravedad, y por esta causa es de nuestro deber advertir á nuestros lectores, que no nos asociamos á los autores de esos escritos.

El mariscal debe cargar con justicia una gran parte de la responsabilidad del desastre que hemos relatado, mas es menester no echarle encima sino la porcion que le corresponde.

No tenemos la mision de defenderlo, ni aceptariamos la de acusarlo.

Sin embargo, ha sido acusado. Algunas de las acusaciones hechas públicamente en su contra hemos repetido, sin mas objeto, como lo hemos advertido ya, que el de provocar rectificaciones y explicaciones que se hacen mas necesarias cada dia.

No nos corresponde buscar los motivos del silencio obstinado del gobierno francés, ni diremos mas que algunas palabras para precisar exactamente nuestra opinion, esperando no ir mas allá de lo que permite una tarea tan delicada.

Ya hemos tenido ocasion de decirlo en esta obra: el Emperador Maximiliano tiene una gran parte de culpabilidad, en la lucha habida entre él y el mariscal por espacio de dos años, *con conocimiento del gobierno francés.*

Este desgraciado principe no tenia ninguna de las cualidades indispensables para llevar á buen fin una empresa de la magnitud de la que se le confió.

Demasiado accesible á todo cuanto podia exaltar su espíritu; mal aconsejado, fácil de convencer, se dejó persuadir muy pronto, desgraciadamente, de que le era inútil el concurso de la Francia. Mas aun: algunos de sus ministros, entre ellos el señor Ramirez, no cesaban de repetirle que el dia en que los batallones franceses salieran del imperio de México, sería verdaderamente fuerte el imperio mexicano.

Esta conviccion penetró tanto mas fácilmente en su espíritu, cuanto que interiormente sentía su falsa posicion como monarca extranjero, electo, si no impuesto, por las bayonetas francesas, con cuyo motivo fué su primer cuidado demostrar á los mexicanos, que habia adoptado su nacionalidad.

Tomó sus costumbres, se hizo servir sus manjares, asistió á todas sus fiestas, y se vistió como ellos.

Quería hacerse perdonar: quería que se olvidara su origen.

Hizo demasiado. No comprendió que le valía mas, hasta nuevo orden al menos, hasta que la experiencia demostrara la duracion de su tentativa, ser el primero de los extranjeros; y cambiando su papel, se convirtió en el último de los mexicanos.

Animado de estos sentimientos, no podia menos que desagradar muy pronto al comandante en jefe; y este desagrado engendró en el Emperador una antipatia fuerte contra él, que no solamente no disimuló, sino que manifestó abierta y públicamente.

Sus enemigos se aprovecharon de esta antipatia, y atribuyeron á Maximiliano sentimientos contra el gobierno francés, que en verdad no tenia sino contra el Mariscal. Lo acusaban de ingratitud.

Entre tanto, el Mariscal no podía equivocarse en los sentimientos que manifestaba el Emperador á su respecto.

Esto aumentó su cólera, y por consiguiente la hizo mas peligrosa.

Comenzó la lucha.

El Mariscal la aceptó.

Se atrincheró tras de su título de representante del emperador Napoleon, y se aprovechó de su posición de comandante en jefe del ejército franco-mexicano.

El emperador Maximiliano pidió su relevo.

El Mariscal permaneció contra la voluntad de este soberano.

Para afrontar los peligros de una situación tan difícil, el Mariscal necesitaba génio; y no solamente no llevó esta cualidad á la lucha, sino que desplegó en ella todas las pasiones, todas las debilidades humanas. Tuvo, no dirémos como han dicho otros, la impaciencia de la ambición, pero sí la impaciencia de la altivez, equivocando este sentimiento con el de la dignidad!

Tomó la terquedad por firmeza, y olvidó muy á menudo, por desgracia, que la buena inteligencia entre el Emperador y el comandante en jefe, era la única manera de contener un desastre inevitable.

Naturalmente, las consecuencias fueron funestísimas.

¿Y cual era el papel del comandante francés en México?

Este papel no podía ser mas que el de un protector que, en la misma protección de que disponía, debía prestar al Emperador tanto respeto como sumisión; y

al mismo tiempo ayudarlo con habilidad, desplegando una energía y una severidad prudentes para con los enemigos del imperio.

La tarea era delicada, lo confesamos, y confesamos tambien que presentaba grandes dificultades.

Para llenarla, necesitaba el Mariscal de toda la confianza y de las simpatías de su real protegido; y no contaba ni con esas simpatías ni con esa confianza.

Maximiliano no cesaba de pedir su retiro.

El gobierno francés se hizo sordo á sus demandas, al principio, y mas tarde dió al Mariscal la facultad de regresar á Francia; pero el Mariscal no quiso usar de esa facultad.

Permaneció contra la voluntad de Maximiliano, y al imponerse por la fuerza á este soberano, se expuso á convertirse en su antagonista ó su enemigo, ó al menos á parecer su enemigo y su antagonista.

El Emperador quedó, desde entonces, fatalmente obligado á rodearse de personas que participaran de sus propios sentimientos hácia el Mariscal, y que, cediendo á sus pasiones personales, no podían aconsejarlo bien.

Es propio de los antagonismos el producir los mas tristes resultados.

¿No quedan explicadas ahora las faltas de Maximiliano?

¿No queda explicada tambien de qué manera se comprometió el Mariscal, por inspiración propia en una vía funesta que debía arrastarlo á cometer faltas muy graves?

No hay duda: Maximiliano hubiera obrado mejor, cediendo el puesto y retirándose con dignidad; mas si por razones que no vamos á examinar aquí, creyó que no debia hacerlo, entonces el Mariscal debió hacer dimision de sus funciones y retirarse.

Permaneciendo, se hacia responsable de las consecuencias de esta resolucion inexplicable.

Asi, pues, mientras una justificacion completa de sus actos no lo absuelva, él llevará ante la historia una gran parte de la responsabilidad del drama en que ha sido uno de los principales actores.

Y ahora, para terminar el relato de la intervencion francesa en México, y la retirada precipitada del ejército francés, recordemos las palabra del Emperador, en su discurso del trono, en 1863:

«Las expediciones lejanas, objeto de tantas críticas no han sido *la ejecucion de un plan meditado: la fuerza de las cosas las produjo; Y SIN EMBARGO, NO SON DE SENTIRSE.*»

Mediten bien estas palabras los franceses que tienen todavia intereses en México y en las dos Américas, los que posean títulos de los empréstitos mexicanos, y muchos otros; y digan con franqueza si esa *fuerza de las cosas* no es para ellos, como lo es para nosotros, CAUSA DE MUY JUSTOS SENTIMIENTOS?

¿Por qué no se opuso entonces, porqué no se ha opuesto siempre á esa *fuerza de las cosas*, LA FUERZA DE LA RAZON Y DE LA LÓGICA?

FIN.



